

## Los Libros

LA LLAMA, novela por *Lautaro Yankas*.—Editorial Nascimento

En esta novela de Lautaro Yankas hay una fuerte entonación de sentido social. El novelista ha querido presentarnos un mundo complejo, una realidad torturada por los mil gérmenes de la descomposición. Analiza a través de algunos maestros y maestras, la vida educacional que conoce bastante y, señala con agudeza en muchos momentos, las lepras que roen el organismo de la nacionalidad. Conocíamos de Yankas sus cuentos campesinos, sus novelas de ambiente rural trabajados con mucha conciencia y mucho sentido de la chilenidad. Preocupación constante en el escritor era la de comunicar a sus libros el estremecimiento de las cosas reales y vividas en medio de las cuales había discurrido su existencia de observador.

En esta novela lo ha logrado en gran parte, cambiando casi enteramente la tónica de su estilo. No podemos decir que este estilo sea el mejor, pues el autor lo ha sobrecargado de artificialismo; pero es un estilo expresivo y penetrante.

Hay en esta novela observaciones ricas, multiplicidad de personajes. Quizá si esto último dañe la claridad de la novela, pues muchos de esos personajes aparecen como en una voluntad simplemente imperativa del autor. Hablan un lenguaje sentencioso, se expresan con demasiada sutileza para el medio en que están colocados. Es decir, es el autor el que dialoga a través de los personajes. Es su temperamento o su voluntad lo que pone en boca de los tipos que allí penan o gozan en la expre-

sión de sus sensaciones o de sus emociones. Yankas ha querido darnos una visión lo más completa posible de un mundo burgués, en decadencia, mundo de políticos, de arribistas, de maestros y de profítadores. La sátira es visible y el pesimismo del autor se siente en cada página, a través de las palabras de los personajes.

Por ejemplo una maestra, Lidia, se expresa así: «La indolencia de ayer está siendo trasmutada en conciencia avizorante. La energía que se pierde hoy en día en el crimen diario, en la blasfemia, en el odio alimentado, en la violencia de la bestia acorralada por la vida, se aprovechará mañana en la redención colectiva. Un país rico es un continente rico, supone un espíritu generoso en ideales y en voluntad de superación. Nuestra naturaleza es áspera, enérgica; magnífico crisol para un pueblo».

Y otro personaje, el doctor Bañados, contesta así a una maestra que pregunta en medio de un diálogo: «¿A dónde va la enseñanza dirigida por intrigantes, por sátiros y por sectarios? A ninguna parte. Permanece como está, inútil; convertida en monstruo devorador de vírgenes ingenuas y en máquina de fabricar rebeldes y amargados».

En cada capítulo de esta novela hay reflexiones de esta naturaleza, amargas unas, penetrantes y certeras otras, casi todas impregnadas en este espíritu crítico del tiempo que todo lo analiza y lo descompone en innumerables fragmentos para mejor mostrar la carcoma que roe el organismo. En el ambiente de maestros en que el autor ha colocado muchas de las escenas de la novela, encontramos el sentido de una crítica implacable, que no disimula el dolor que causa en el alma del escritor la evidencia de hechos y realidades desoladores. Un funcionario de la enseñanza abusa de su posición para intentar ultrajar a una maestra, en una provincia. Es un fenómeno que ha ocurrido, por desgracia, en muchas ocasiones y contra el cual nunca, que sepamos, se aplicaron sanciones enérgicas. Lautaro Yankas conoce de sobra estas cosas, las ha visto, sin duda, a lo largo de

su existencia de maestro consagrado al ennoblecimiento de su misión educadora. Y al colocar en su novela tales escenas lo ha hecho con la mayor fidelidad posible.

Del mismo modo en las páginas consagradas a mostrar la lepra de la política, ha trazado cuadros sombríos de la vida chilena. Estos cuadros se mezclan con los de la vida de los maestros.

El triunfo de un hombre es a veces cuestión de complacencias para determinadas doctrinas y para determinadas situaciones electorales. El triunfo para una mujer es así mismo cuestión de complacencias para otras y determinadas circunstancias. La tesis es dolorosa y aunque no es ni puede ser general en su aplicación, no podemos menos de hallarle razón al autor. Algunos tipos de maestros y de maestras han envilecido la enseñanza, así como algunos políticos han prostituido la dignidad y la moral, y han convertido su función pública en un negocio ruín y bastardo.

La novela de Yankas, discurre libremente por este mundo menudo y vicioso. No siempre la novela nos deja la sensación de un documento humano. Se ve muy bien en la superficie el intento moralizante del autor, se siente en los diálogos su presencia continua, su voluntad de «hacer» la existencia a su sabor, intelectualizando en ocasiones, con exceso, la vida de sus personajes. Le ha ocurrido a Yankas un fenómeno contra el cual el escritor y, especialmente el novelista, debe precaverse: el de abrir el escenario para que entren todos a participar de la fiesta. Es tal la cantidad de observación acumulada por el autor, tal la cantidad de notas tomadas «in mente» a lo largo de su contacto con la vida, que no ha resistido a la tentación de ponerlas todas en movimiento como si de ello dependiera la mayor o menor intensidad del libro.

Pero es incuestionable que estamos en presencia de una novela de un alto interés, dramática en ocasiones y viva en la naturaleza social de su crítica. Yankas ha revelado aquí una

maestría digna de elogios. Ha sabido dar interés, novedad a un mundo que no siempre se puede animar y en un estilo correcto, castigado, ha sabido comunicar colorido y plasticidad a las escenas y ambientes innumerables que forman la atmósfera de «La Llama». En la carrera literaria de Yankas, muy fecunda ya en buenas obras, esta novela inicia una modalidad nueva en el autor, una forma trascendente de acercamiento a la realidad chilena, que habrá de dar en el futuro obras de fuerte y humana contextura.—DOMINGO MELFI.



#### EL INFLUJO DEL CUERPO EN LA OBRA DE THOMAS MANN

La crítica literaria es, siempre, un más o un menos que se hace a la obra; las normas y los metros ya no existen. «Yo leo para agrandar mi corazón» Esta sentencia sitúa correctamente las condiciones de la crítica literaria que, cuando es elogiosa, comporta un agradecimiento de lector enriquecido, agrandado.

Si después de tensa lectura adquirimos cierto dominio de un tema hasta ayer desconocido, cabe hacer el juicio, que puede ser discreto o petulante, considerando que el autor, en solitario esfuerzo, nos ha descubierto una tierra desconocida de la emoción. Así, esta pequeña cosa que es enjuiciar un libro debiera hacerse con rubor y humildad.

Recién terminada la lectura de «José en Egipto» de Thomas Mann, libro que se encuentra muy lejos de cualquier evaluación inmediata, como también los otros dos: «Las historias de Jacob» y «El Joven José» nos asaltan estas ideas de discreción. Pero tampoco es posible escribir sobre nuestro placer de lector exclusivamente.

No hay libro del novelista alemán que se resista como éste, que no titubeamos en considerar su obra capital, atendiendo